

## Autobombo centrista

Por Isidoro Moreno

Acaba de realizarse en Barcelona la entrega de los premios de periodismo «Fraga Iribarne» en un acto social que, como ya es frecuente, ha tenido un fuerte sentido político. Al parecer, los galardones han sido creados por treinta y tres «personalidades totalmente anónimas» que han premiado el presente año la labor de Carlos Sentís, presidente de la Asociación de la Prensa barcelonesa, y de Alejandro Muñoz Alonso, colaborador habitual de «Cambio 16».

La distinción a ambas plumas, especialmente a la segunda (uno tiene también sus gustos, ¡qué caramba!) puede parecernos bien, pero aún mejor nos parecería si alguien se dignara explicarnos claramente las razones por las cuales esas «personalidades anónimas» (que suponemos no lo serán tanto para los bienaventurados integrantes de la «clase política») escogieron para denominar el premio el nombre del ex ministro de Información y Turismo y actual embajador de España en el Reino Unido. ¿No será, podría pensar alguien, que esas «personalidades» forman la base (política y económica) del grupo dispuesto a constituirse ahora en asociación, y en su día en partido político *centrista*, con Fraga como director de orquesta? Francamente opino que suponerlo así no es algo excesivamente aventurado.

Evidentemente, actos como el de la entrega de los premios citados son una buena ocasión para que se reúnan, sin que la reunión corra el riesgo de ser considerada ilegal, mil quinientas personas en torno a un

hombre: Fraga, y un programa político: el de los «centristas». Lástima que esto mismo no sea posible para otros hombres y otros programas que de seguro reunirían a muchas personas de sectores sociales distintos a los que pertenecen quienes sí pudieron reunirse en Barcelona. Allí estuvieron tres ministros (Carro, Martínez Esteruelas y León Herrera, los «liberales» del Gobierno Arias), el general Díez Alegría y otros altos jefes militares, varios ex ministros y buen número de ministrables a más o menos corto plazo. Con Fraga como estrella principal.

¿Les suena a algo todo esto? A mí sí, desde luego. Dos días antes, en rueda de prensa, nuestro hombre evitó definirse sobre el actual proyecto de asociaciones y sobre si intentaría la formación de alguna. Gran parte de los 1.500 comensales que se congregaron a su alrededor el pasado día 8 bien pueden ser los que encabezen esa lista de los 25.000 necesarios y se encarguen de reclutar a los 23.500 restantes para alcanzar el mínimo fijado. Si no, al tiempo.

La cena fue ocasión, y es esto lo que especialmente me interesa ahora comentar, de un verdadero festival «aperturista». Con Fraga como estrella máxima, cantando las excelencias del centrismo en contraposición a las otras «actitudes extremas que de hecho se dan hoy en España».

Para Fraga y cuantos juegan la carta del «aperturismo», en sus diversos tonos, todo lo que no sea centrismo es extremismo. Así de fácil. Pero ¿es eso cierto?, ¿no será que el pretendido centrismo no es más que la derecha tradicional que tiene ahora pudor de presentarse como tal y aprovecha la existencia de unos ultras a los que ella misma potencia, directa o indirectamente, para así tener de quien separarse aparentando estar por encima de sus extremismos? Y, claro, cuanto esté a la izquierda de este «centro» también será considerado como extremismo. Así de simple.

Definidas igualmente como extremistas quedarían

entonces tanto las posiciones de los ultras (partidarios del más cerril inmovilismo) como las de los demócratas (partidarios de la ruptura democrática). El «justo medio» estaría, por supuesto, en el «centro», es decir, en el lugar ocupado por los «aperturistas».

La falacia de este planteamiento ha sido repetidamente mostrada en esta misma página y no parece ahora adecuado repetir lo que ya ha sido dicho. Pero lo que sí creo necesario señalar, para ilustrar con un ejemplo cuál es el carácter de la «democracia eficaz» que dicen defender personas como Fraga, es que éste, en su discurso postcena, afirmó que «esa ley de prensa (la que él "otorgó") sigue siendo un ejemplo de las reformas políticas que hoy el país considera, a la vez, necesarias y posibles». En mi niñez, a declaraciones como éstas se les aplicaba el dicho de «no hacerle falta tener abuela». Y dentro del deporte nacional de las oposiciones a cátedras universitarias, un ejercicio de este tipo era 'y es' comúnmente denominado «el autobombo». Fraga, al parecer, no tiene abuela, pero sí bombo.

Recuerdo ahora una conferencia que nuestro hombre pronunciara hace algunos años, cuando yo era aún estudiante y él ministro, en la Facultad sevillana de Derecho. En muchos momentos de su discurso, el público asistente no se privó de mostrar, de forma ostensible, su desacuerdo con el conferenciante. A lo que éste respondía, después de cada interrupción, airadamente, afirmando que *su* Ley de Prensa iría hacia adelante a pesar que, con la conducta que estaba observando, cualquiera que no fuese él podría verse tentado a no ponerla en práctica.

Independientemente de la anécdota concreta, un hecho indiscutible salta a la vista: de lo que se trataba (o, al parecer, por ahí sigue yendo la cosa) es de que determinadas personas, pocas y todas ellas pertenecientes a la «clase política», se consideran investidas de no sabemos qué especial poder de percepción para saber, sin necesidad de preguntarlo, lo que el país considera

o deja de considerar como necesario y justo. Que siempre (mira por dónde) coincide con lo que a ellos, en cada momento, les interesa.

Porque, a ver, si tan seguros están de lo que dicen, ¿por qué no le preguntan, de una vez, al país lo que éste desea para ahora y para su futuro?

(15-XII-1974)